

gleses ocuparon estas soledades con objeto de evitar que los alemanes, establecidos en la costa del Atlántico, les cerraran el camino al interior: en mil ochocientos noventa se trazó la frontera anglo-alemana.

Más al Norte, se encuentran extensísimas regiones mucho más fértiles y pobladas. Su ocupación por los ingleses provocó las reclamaciones de Portugal, que, al fin, como sabemos, tuvo que humillarse á la imposición de su poderosa rival. Las nuevas anexiones se colocaron bajo el dominio de la Compañía del Sur de Africa. Esta administra: primero, al Norte del Kahalari, las mesetas habitadas por los negros machuas, raza indígena, y por los matabeles, procedentes de la costa (mil ochocientos ochenta y nueve); segundo, al Norte del Zambezé, toda el Africa central inglesa (mil ochocientos noventa y uno), menos la Niassalandia, sometida á un protectorado aparte. El emprendedor Cecil Rhodes se declaró partidario de la política de anexión, siendo él quien, en mil ochocientos ochenta y cuatro, había reclamado y obtenido la ocupación de Mafeking. No bien se proclamara el protectorado británico hasta el Zambezé, Rhodes creó, en mil ochocientos ochenta y cuatro, una sociedad para explotar las minas de las montañas de Matabellandia, la antigua Ofir, donde se encuentran las ruinas quizá fenicias de Zimbabey. Acababa de celebrar el gobierno inglés un pacto de amistad con el principal jefe de los matabeles, Lobengula, prometiendo este último no tratar con los extranjeros sin el consentimiento del comisario supremo. A fin de sacar partido de aquellas remotas tierras, el gobierno inglés aceptó las proposiciones de la Compañía Rhodes, otorgándole un privilegio con los derechos de soberanía (administración, justicia, ejército, venta de concesiones), á condición de que continuara el camino de hierro, que terminaba en Kimberleg, y el telégrafo, que no llegaba sino hasta Mafeking, y de impulsar la inmigración, el tráfico y el laboreo de las minas. Inmediatamente, la Compañía abrió un camino de más de seiscientos kilómetros, para penetrar en las montañas, y fundó á Fort-Salisbury, capital de la Rhodeña, comenzando acto seguido, en mil ochocientos noventa, la explotación de las minas. La naciente colonia fué en breve objeto de los ataques de los matabeles, gente belicosa y dada al bandidaje, como los cafres. Los seiscientos setenta blancos y quinientos setenta negros, que formaban la milicia de la Compañía, al mando del doctor Jameson, emprendieron una serie de expediciones, yendo de un kraal á otro, cayendo sobre las bandas de guerreros, matando millares de indígenas ó sorprendiéndolos en sus cuevas, á cuya entrada encendían fogatas para ahogarlos con el humo, cual si se tratase de alimañas. Buluwayo, aldea fortificada, donde residía Lobengula, fué ocupada: Lobengula desapareció. La guerra encendiése de nuevo en mil ochocientos noventa y seis, cuando la audaz tentativa de Jameson contra el Transvaal desguarneció el país. Esta vez, la insurrección fué general, siendo preciso alistar voluntarios en el Cabo y organizar cuerpos de fuerzas irregulares. La Compañía gastó más de cincuenta

millones. Los blancos se internaron en las montañas: fué aquella una inicua cacería de hombres. La guerra concluyó con el desarme general de los naturales, cuyo número, muy mermado en los combates y con las matanzas, disminuyó aún más por efecto de un hambre espantosa que sufrieron á consecuencia de la guerra.

No obstante las dos guerras que ha sostenido y los gastos consiguientes, la Compañía ha proseguido con actividad la ejecución de las obras públicas. La vía férrea del Africa central ha sido prolongada, sin salir del territorio inglés, desde Kimberley hasta Mafeking, y la línea telegráfica, desde este punto hasta Fort-Salisbury, y desde aquí, por la Compañía telegráfica trascontinental, hasta el lago Niansa, de donde ha de continuar hasta Uganda, y de aquí al Nilo. En fin, ha empezado á construirse un camino de hierro entre Fort-Salisbury y Beira, que será la futura vía de Europa en Rhodeña; pues la del Cabo es demasiado larga y atraviesa comarcas sumamente pobres.

Tanto el Africa austral inglesa como la central, mera prolongación de aquella, no son sino parte de los territorios obtenidos por la Gran Bretaña en el reparto del continente negro. Es este uno de los acontecimientos coloniales más trascendentales de la historia contemporánea. Lo prepararon misiones militares, encargadas de pactar con los jefes indígenas, y se verificó en Europa, en congresos de diplomáticos, que señalaron en los mapas, deficientes á menudo, la zona de influencia de cada nación. A los diferentes tratados han seguido otras tantas delimitaciones sobre el terreno; muchas dificultades, sin embargo, han quedado en pie. Después de establecerse en la costa, los europeos han destruido las tribus guerreras, mediante expediciones mortíferas y costosas. Las de los ingleses, sobre todo la primera dirigida contra los achantis, de mil ochocientos setenta y tres á mil ochocientos setenta y cuatro, se reputan las mejor dispuestas desde el punto de vista del avituallamiento y de la higiene. He aquí, en general, las posiciones ocupadas por los ingleses: Primero. Al Oeste, sus posesiones de la costa de Guinea han sido sobrepasadas y cortadas interiormente por colonias francesas; pero la convención de mil ochocientos noventa les dió el curso inferior del Níger, el Benué, ambos navegables, y la parte fértil y poblada del Sudan hasta el lago Tchad. Por otra convención, celebrada en mil ochocientos noventa y ocho, se dividió entre Francia é Inglaterra una región que ambas se disputaban, decidiéndose que, entre la colonia del Dahomey y los territorios de la República en la desembocadura del Níger, no habría solución de continuidad.—Segundo. Al Este, la costa y la región de los lagos han sido repartidas entre Alemania é Inglaterra por diferentes convenciones, de mil ochocientos ochenta y seis á mil ochocientos noventa. El territorio inglés comprende: el protectorado de Zanzibar, I. B. E. A. (*Imperial British East Africa*), concedido á una compañía hasta mil ochocientos noventa y cinco y después administrado directamente, y el protectorado de Uganda.—Tercero. El Egipto está ocupado por un ejército inglés, que en nombre del jedive y con el concurso



de tropas egipcias, vuelve á tomar posesión de la parte del Sudán dominada por los derviches. La cuestión de saber á quien pertenecerán los países del Nilo superior, egipcios antes de la insurrección maddhista, ha sido resuelta por las victorias de los ingleses y la convención franco-británica de mil ochocientos ochenta y nueve. En suma: sin el Africa oriental alemana y sin el territorio regado por el Nilo desde el lago Victoria hasta Jartum, que es otra vez egipcio, las posesiones inglesas de Africa se extenderían desde el Cabo al Nilo, según la expresión de Cecil Rhodes.

La proclamación de la reina Victoria como emperatriz de las Indias, verificada ostentadamente en Delhi, la antigua capital del Gran Mogol, el primero de Enero de mil ochocientos setenta y siete, no fué sino un episodio teatral de la administración directa preparada por Disraëli. Creóse un título nuevo y nada más. El gobierno británico continuó la política inaugurada en mil ochocientos cincuenta y ocho, respecto á los Estados vasallos que conservan sus soberanos. En vez de limitarse á explotar á los habitantes por medio del impuesto, al uso oriental, la administración se transforma lentamente, preocupándose del interés del país. Los ingleses han adoptado varias medidas en favor de los naturales, como el admitir á los indios al desempeño de cargos públicos inferiores, el tratar de inculcarles hábitos políticos y administrativos, creando municipalidades y consejos de distrito, y el reprimir las costumbres bárbaras é inmorales. También han dirigido su atención á prevenir los estragos del hambre, calamidad tan frecuente y terrible en la India. Sin embargo, el fruto recogido hasta ahora de esta serie de disposiciones es escaso.

En mil ochocientos setenta y ocho, las tropas británicas invadieron el Afghanistan, como queda dicho en otro capítulo. El emir, Chir-Alí, huyó al Turkestan, y Jacob, su hijo, concedió á los ingleses la llamada *frontera científica*, es decir, los pasos del Indo-Kush, y el derecho de tener un ministro residente en Cabul, que interviniera la política exterior del emirato. El primer residente fué asesinado al poco tiempo, y los ingleses entraron segunda vez en el país, apoderándose de Jacob y deportándolo. El ministerio Gladstone, que por entonces reemplazó á los conservadores, dió encargo de negociar la paz al nuevo virrey de la India, lord Ripon, y una vez que consiguieron instalar en el trono á Abdur Rhaman, descendiente de Dost Mohammed, los ingleses evacuaron á Cabul y á Kandahar. Parecía afirmada la paz por largo tiempo; pero, á partir de mil ochocientos ochenta y cuatro, los progresos de Rusia en el Asia central han movido á la Gran Bretaña á emprender nuevas expediciones y á realizar otras anexiones. El efectivo del ejército indio se ha elevado de ciento once mil hombres á doscientos quince mil, de los cuales setenta y cinco mil son europeos. Indiquemos las principales modificaciones introducidas en la frontera Noroeste de la India, durante el período contemporáneo.

El emir del Belutchistan ha quedado convertido en príncipe vasallo: un ferrocarril es-

tratégico, que parte del Indo, atraviesa el Belutchistan, sigue el paso de Bolan y llega al cuello de Jodjak, que conduce á la ciudad afgana de Kandahar. El distrito belutchi de Quetta, en donde está el paso de Bolan y el término de la línea, ha sido cedido por el *jan* á la India inglesa. Las fronteras del Belutchistan y el Afghanistan se trazaron de acuerdo con los rusos en mil ochocientos noventa y cinco, y las del Belutchistan y Persia fueron señaladas al año siguiente, por medio de hitos colocados en el desierto. El emir del Afghanistan conserva su independencia; pero, de hecho, está bajo la vigilancia del gobierno de la India, que le paga un subsidio. Ha querido, sin lograrlo, tratar directamente con la metrópoli. Los ingleses han celebrado con él dos series de convenciones territoriales. La frontera entre el Afghanistan y Rusia se delimitó por dos comisiones militares, una inglesa y otra rusa, fijándose, al Noroeste, entre Herat, afgano, y Merv, ocupado por los rusos en mil ochocientos ochenta y cuatro. Estándose verificando esta operación, los rusos atacaron á los afganos en la ciudad de Pendjeh, que les arrebataron. Creyóse que iba á estallar la guerra entre Inglaterra y Rusia, y el gobierno de las Indias levantó tropas y permitió á los príncipes vasallos que armasen á la europea regimientos auxiliares. No obstante, la paz se mantuvo, y los rusos se quedaron con Pendjeh. Fué menester, más adelante, señalar la frontera afgana en el Pamir, en donde los rusos habían sentado la planta, y de ello encargóse una comisión anglo-rusa, que terminó sus trabajos en mil ochocientos noventa y cinco. Todas las dificultades surgidas se resolvieron amistosamente, y al concluir sus tareas, los comisionados se felicitaron de ello en un banquete de despedida, en que hicieron votos por la conservación de la paz. La frontera entre el Afghanistan y la India inglesa no había sido modificada sino de una manera general, en mil ochocientos ochenta. Sus alteraciones se precisaron mediante varios tratados, de que el principal es el de Cabul, estipulado solemnemente entre el emir y el consejero de Asuntos Extranjeros del Indostán. El emir pasó revista á su ejército en presencia de la misión inglesa, anunciándole que, en lo sucesivo, sería aliado de los ingleses, á cuyo lado combatiría, en caso necesario. A consecuencia del acuerdo establecido, oficiales ingleses han ido á Cabul, para dirigir la fabricación de armas y cartuchos. El emir reconoció á la Gran Bretaña la posesión de las pendientes que conducen de la meseta de Pamir al Pendjab. La de Tchitral, que es la más importante, había sido ocupada en mil ochocientos noventa y dos por los ingleses, que recabaron también la soberanía de los países montañosos situados al Sur del paso de Jaiber, entre los desfiladeros del Afghanistan al Pendjab hasta la frontera belutchi. En ésta, el Siwistan es administrado directamente por la India. En mil ochocientos noventa y cinco, sólo quedaba al emir el paso de Jaiber. Una nueva delimitación, verificada en mil ochocientos noventa y seis, permitió á los ingleses establecerse en su extremo Sur, completando de este modo la llamada *frontera científica*.



En mil ochocientos ochenta y tres, no tenía Alemania una pulgada de terreno en el continente africano; hoy posee en él dos millones trescientos cuarenta y ocho mil kilómetros cuadrados. Hemos visto en otro capítulo cómo empezó á colonizar, así en Africa como en otras partes del mundo; ahora debemos completar las noticias que allí dimos. Su programa inicial, de mil ochocientos ochenta y cuatro, fué confiar á compañías de carácter privado la administración de las colonias de Africa; sin embargo, no se trató siquiera de aplicar este régimen en el Togo y el Camerun, y en mil ochocientos noventa dejó de usarse en los territorios del Suroeste y oriente. Del mismo modo, en la política diplomática colonial del imperio se observa más de una contradicción aparente. La colonia alemana cuya historia ofrece más interés es el Africa oriental, por haber sido el campo de experimentación de los diferentes sistemas ensayados por la metrópoli; además, la rivalidad entre Inglaterra y Alemania ha surgido á propósito de ella. No hay, pues, sino estudiar el pasado de esta colonia y agregar algunas palabras acerca de las otras, para trazar un cuadro sucinto de las posesiones alemanas en Africa.

En mil ochocientos ochenta y cuatro, el doctor Peters, director de la *Sociedad alemana de colonización*, ayudado eficazmente por el explorador Gerardo Rohlfs, nombrado cónsul general del imperio en Zanzibar, internándose en Africa, firmaba con los jefes del Usagara y comarcas limítrofes varios tratados de protectorado. En seguida, los envió á su patria, en donde, el doce de Febrero de mil ochocientos ochenta y cinco, se fundaba la *Compañía alemana del África oriental*, que el veintisiete del mismo mes recibió una carta ó privilegio de soberanía. Casi inmediatamente, uno de los agentes de la Compañía celebró nuevos tratados más al Norte, á unos mil ochocientos kilómetros de la costa, entre el río Tana y el cabo Guardafuí. La sultanía de Vitú era la parte más rica de estos dominios. Inglaterra se conmovió. Estaba acostumbrada á considerar á Zanzibar como subordinada virtualmente del Reino Unido. Cierto es que la independencia de aquel Estado había sido garantida por la declaración franco-inglesa de mil ochocientos sesenta y dos; pero la influencia británica era preponderante en aquellos lugares. Un oficial inglés mandaba el ejército zanzibarense; otro súbdito de la reina Victoria era consejero del sultán. La región de los grandes lagos parecía reservada á la dominación futura de Inglaterra, por los esfuerzos de los misioneros escoceses, á quienes Livingstone enseñara el camino. El gabinete de Londres reclamó en nombre del sultán de Zanzibar, mientras éste último enviaba al Usagara una expedición, dirigida por un oficial inglés, para establecer allí su autoridad. Alemania contestó á Inglaterra que el sultán no ocupaba efectivamente los territorios en litigio, y que, por tanto, eran válidas las adquisiciones hechas por el doctor Peters en representación de la Compañía germánica. El ministerio Gladstone no quiso extremar las cosas, contentándose con declarar que había espacio para dos en las comarcas orientales de Africa. Fué entonces cuando se fundó en Inglaterra la *Imperial*

*British East Company*, competidora de la Sociedad alemana. La nueva compañía británica no tardó en poder alegar derecho á algunos territorios, por virtud de convenciones celebradas con los negros, y muy pronto los protectorados ingleses y germánicos se entrecruzaron, sobre todo hacia Mombaze y la parte septentrional. Esta situación exigía ser aclarada, y Bismarck prestóse á la avenencia; pues no le gustaba enemistarse con Inglaterra, siendo su principal objeto, como dijo en el parlamento, «tener la seguridad de que aquellos países no serían ocupados por otras potencias». Para conservarlos, pues, sin ostentar excesivas pretensiones, se arregló con Inglaterra. Alemania empezó por demarcar, de acuerdo con Francia y la Gran Bretaña, las posesiones del sultán de Zanzibar, que se redujeron, según la declaración de siete de Julio de mil ochocientos ochenta y seis, á las islas y á una faja en el litoral de diez millas de anchura, y se repartió después con Inglaterra, por el convenio de primero de Noviembre del mismo año, la región situada á espaldas de esta estrecha zona costera. La frontera de la influencia de cada nación quedó terminada por una línea que partía de la costa, rodeaba la base del Kilimandjaro y terminaba en la orilla derecha del lago Victoria, donde la corta el grado primero de latitud sur. Los países del mediodía se sometían á la acción de Alemania; los del norte, á la de Inglaterra; pero la primera conservaba á este lado de la frontera la sultanía de Vitú, enclavada en el territorio británico.

La rivalidad entre alemanes é ingleses pareció apaciguada por algún tiempo. Sin duda, el arreglo concertado no orillaba posibles complicaciones en lo futuro, pues los alemanes aspiraban á alcanzar la orilla oriental del lago Tanganika y la frontera del Estado del Congo; pero, por de pronto, bastante tuvo que hacer Alemania con afrontar las graves dificultades que le suscitaba el dominio de sus nuevos territorios, y como Inglaterra sintiera de rechazo las consecuencias en sus posesiones vecinas, se pusieron de acuerdo ambos gobiernos para conjurar la tormenta. El veintiocho de Abril de mil ochocientos ochenta y ocho, logró Alemania que el sultán de Zanzibar le concediese la administración de los territorios de la costa, confinantes con la colonia germánica. A los indígenas les exasperó este cambio de autoridad, y los alemanes no se curaron de granjearse sus simpatías. Les exigieron derechos fiscales, odiosos á los tratantes árabes, y crearon una administración formalista y minuciosa, incompatible con el estado social del país. Los naturales se levantaron en masa y, al comenzar el mes de Octubre, los alemanes, arrojados de todas partes, no conservaban sino Bagamoyo y Dar-es-Salam. Alemania se decidió á bloquear la costa, para impedir á los indígenas recibir armas: Inglaterra, invitada por ella y recelosa de las consecuencias que podría tener el dejar obrar sola á su rival en aquellos lugares, se avino á tomar parte en el bloqueo, que se proclamó en Noviembre y al que se adhirieron Francia é Italia. Pronto, sin embargo, hubieron de comprender los alemanes, que las medidas y precauciones adoptadas en